

PROLOGO

La tierra nueva y el cielo nuevo son palabras colombinas. Tal vez las más certeras para definir a América y, por supuesto, las primeras que se pronunciaron para calificarla. Fueron escogidas, bien atinadamente, como lema del proyecto editorial que el Instituto de Historia de América «Fernández de Oviedo», del CSIC, iniciaba como su participación en la conmemoración científica de los quinientos años del Descubrimiento de América. Inventada y guiada esta colección por el anterior director del instituto mencionado, Don Juan Pérez de Tudela —gran batallador para que la conmemoración de tamaña efemérides alcance, por lo menos, un nivel semejante a la gesta—, durante esta dirección (1980-1984) se han editado importantes obras, respondiendo siempre a investigaciones realizadas en el centro que recojan aspectos que ayuden a completar el mejor conocimiento del ámbito colombino (y así lo han hecho el propio Pérez de Tudela, Arranz y Ramos). No obstante, estos horizontes han sido ampliados a otros campos de la observación científica por miembros de aquel mismo centro de investigación (Hilton, Contreras, Sáenz de Santamaría, Moreno), junto a otros colaboradores vinculados de alguna manera con él (González, Ramos Gómez) y otros universitarios (Castañeda, Cuesta). Entre todos se ha ido integrando esta colección con preocupaciones sobre otras épocas y otros espacios geográficos coloniales. Asimismo se integran en estos propósitos, obviamente, la preocupación eclesiástica, con la publicación de los sínodos eclesiásticos, que se realiza con la colaboración del Instituto Francisco Suárez, del mismo CSIC, de los que se han editado los de Santiago de Cuba (1681), Santiago de Chile (1688, 1763), Concepción (1744), etc.

Aquella línea editorial no se ha interrumpido con la reestructuración de los institutos de humanidades del CSIC, sino que se ha continuado con la creación del Centro de Estudios Históricos (1985), en el que se ha incorporado el Departamento de Historia de América «Fernández de Oviedo», junto a otros departamentos, herederos de otros tantos institutos de otras disciplinas. Desde aquella fecha se han ido uniendo a la colección de referencia otros títulos, aunque no siempre con el ritmo editorial que se deseaba. Todas estas publicaciones mencionadas han

tenido el ámbito colonial como el enfoque primordial de la preocupación de sus autores: así han ido apareciendo los ya apuntados estudios sobre temas colombinos, junto a otros de historia gubernativa (relaciones de virreyes), misional y/o eclesiástica, al lado de descripciones geográficas y políticas (desde descripciones de las costas californianas a las noticias ya nada secretas de Antonio de Ulloa y Jorge Juan) y, en fin, otras que atañen directamente a la historia de la ciencia, pero ninguna de ellas ultrapasan la fecha emancipadora de 1820.

A mi vez entiendo que una efemérides como la del V Centenario del Descubrimiento no debe detenerse ante frontera de ninguna fecha, y menos servir 1820 como freno, sino por el contrario, debe ser ocasión (y obligación) para potenciar los vínculos con los numerosos pueblos surgidos de aquellas colonizaciones, con la realización de investigaciones científicas que ayuden a clarificar el pasado, desde el más remoto hasta el tiempo presente.

Esta es la razón de que a la colección *Tierra Nueva e Cielo Nuevo* se incorporen trabajos de investigación sobre el siglo XIX y el actual siglo XX. Y se inicia con un estudio sobre el IV Centenario del Descubrimiento: obra y reflexión obligadas en el umbral ya casi de los quinientos años para conocer y comprender qué sucedió, también lo que no ocurrió y sus porqués hace una centuria casi exacta. El trabajo se encara no relatando fácticamente la trayectoria de los actos, ni sus preparativos, sino analizando la conmemoración en razón directa de la coyuntura política, española e internacional. La ocasión fue, en verdad, importante, porque se intentó que la efemérides se conmemorase a nivel hispánico, con participación de todos los pueblos protagonistas: los habitantes y espacios españoles de uno y otro lado de los océanos. Porque ni en 1792, ni en 1692, ni en 1592 se hicieron conmemoraciones, ni se propiciaron monumentos, ni se realizaron ferias, ni otras manifestaciones que resaltarán el interés que la fecha les significaba a la España y la Hispanoamérica de aquellas diferentes fechas.

Era algo lógico, por otro lado, porque la idea de los centenarios, así como de las ferias internacionales, universales o mundiales, son ideas concebidas y desarrolladas con notable entusiasmo durante el siglo XIX. Una fecha con tan importante trascendencia como 1492 no podía, obviamente, pasar desapercibida, porque desde 1492 América ha estado presente en España, y en la historia de España, de modo constante. Hasta las independencias (1820) España ha ido descubriendo, definiendo, inventando y ayudando a definir a América —mejor o peor—, pero siempre calificativamente. Y desde 1820, hechas las independencias, el fenómeno América sigue siendo definitivo para España, pues hacia allá sigue saliendo su población y su comunicación.

La festividad del IV Centenario aparece lejana y desteñida, máxime cuando estamos en el umbral del V Centenario. Pero merece considera-

ción y reflexión, y ser analizada como evocación y como lección. Es lo que han hecho Francisco Morales Padrón en 1985 (1) y Salvador Bernabéu Albert tres años antes, en su trabajo de tesis de licenciatura (1982), y que se presenta ahora de forma reelaborada. Alumno brillante y competente, Bernabéu ha obtenido su entrada, por propios méritos, en el Instituto Fernández de Oviedo y, desde 1985, forma parte del Departamento de Historia de América del recién «recreado» Centro de Estudios Históricos, en donde se integra en el equipo de trabajo que dirijo sobre expediciones científicas y relaciones geográficas. Une a estos méritos una juventud responsable y lealtad, virtudes que se dan separadamente, pero no con frecuencia hermanadas. Bernabéu y otros especialistas se ocupan interdisciplinariamente en analizar y cuantificar el magnífico esfuerzo español realizado por conocer la realidad hispanoamericana, traduciendo en un crecido número de viajes, expediciones y misiones científicas que son pobre, nula o desigualmente conocidas. Los resultados de estas investigaciones se acompañarán asimismo en esta Colección *Tierra Nueva e Cielo Nuevo*. Y con estos aires, y los estudios sobre temas de los siglos XIX y XX, que con este libro se inician, se completa mejor la visión del mundo americanista.

La lección de 1892 puede ser reflexionada a cien años de distancia, tal como aparecerán nítidas dentro de un siglo las coyunturas de hoy. Pero merece no olvidarse que de 1892 procede la declaración del día 12 de octubre como fiesta nacional no sólo española, sino en las otras naciones hispánicas. Idea que procede de Cánovas del Castillo, a la sazón presidente de gobierno. De ese tiempo procede, también, la exaltación del Día de la Raza, como un homenaje a unos gestores de Iberoamérica; idea no suficientemente feliz, porque no parecía que en esa exaltación se incluyeran a los indios y a los negros, también ellos gestores de la América Latina. Estos, y muchos otros análisis, se ofrecen en la obra de Bernabéu, cuya publicación se apoya, por primera vez en esta serie, sobre una ayuda de la Comisión Nacional del V Centenario, a la que agradezco su colaboración. Si la empresa indiana fue un hecho colectivo en el que tan marcada importancia tuvo la iniciativa privada, junto a los otros organismos del Estado, también ahora en la hora de las conmemoraciones merecen gratitud éstos, que se aprestan, desde sus niveles respectivos, a resaltar el V Centenario del Descubrimiento de América con actos y publicaciones que señalarán, marcadamente, no sólo el hecho histórico singular de haberse completado hace quinientos años la imagen y la dimensión del mundo, sino los ámbitos ibéricos (en América y Asia) en los que tanto España contribuyó a definir.

FRANCISCO DE SOLANO

(1) "Evocación y lección del IV Centenario". *Quinto Centenario. América: economía, sociedades, mentalidades*, núm. 8, pp. 135-148, Madrid, 1985.

PREFACIO

Difícilmente podremos encontrar en la Historia Contemporánea de España un capítulo americanista tan rico en temas y plumas, en propuestas y generosidad, como el IV Centenario del Descubrimiento de América, celebrado en 1892. Recoge los recelos y rechazos del siglo de la independencia de nuestras antiguas posesiones americanas, busca proyectar la España de la Regencia —emprendedora y convulsa— en su histórica y natural prolongación ultramarina y afrontar los nuevos tiempos y las nuevas ideas, que traen la necesidad positivista de conmemorar a los grandes hombres y a las grandes empresas de la Humanidad. Todo un reto.

En 1892, España descubre su propio pasado, su íntima complejidad histórica. La intervención del espectador es fundamental en cuanto que resignado y solícito, asume y recrea el mandato conmemorativo, aportándole una nueva dimensión: *la centenaria*; la de la idea o ideas de su tiempo acerca de aquel hecho o vida recordado. Todo es superficial y todo es imprescindible: nadie se oculta al destino.

Los centenarios son peligrosos en el sentido de que no están al servicio o bajo el control de un sereno mundo o de la verdad histórica, pero esa complicidad no es mayor que la de su tiempo y sus contradicciones. Si la música no existe antes de ser interpretada, y sólo contamos con la partitura (un código y unas instrucciones para la recreación de la obra), así también los centenarios recrean y dan vitalidad y dimensión histórica al objeto de su atención, a su protagonista. Es un deber de todo intelectual y de toda época adoptar una posición sincera sobre los grandes problemas de la Historia: recobrar el pasado es proyectar el futuro. De ahí que en todo centenario permanezcan entrelazados los elementos políticos y los elementos históricos: un *haber sido* con un *querer ser*. De ahí, también, que el centenario americano por excelencia no sea un centenario más, sino el Centenario de España.

Editar un libro es pensar en público. Este que tienes entre tus manos nació de una propuesta de análisis de la revista «El Centenario» que generosamente me ofreció el catedrático de Historia de América, de la Universidad Complutense de Madrid, D. Mario Hernández Sánchez-Barba. El análisis de la misma, al que dediqué laboriosas investigaciones, que-

dó plasmado en mi Tesis de Licenciatura: *La revista «El Centenario» y la coyuntura americanista de la época (1880-1893)*. El agradecimiento al profesor Sánchez-Barba por la confianza puesta en mí es desbordado por los recuerdos de las aulas de la Universidad Complutense, de cuyo Departamento de América es director.

Pero la definitiva redacción y publicación del texto hubiera sido imposible sin la colaboración y ayuda de mi maestro, el Doctor Francisco de Solano y Pérez-Lila. Me abrió las puertas de la *Revista de Indias* («El IV Centenario del Descubrimiento de América en la coyuntura finisecular (1880-1893)» *Revista de Indias*, 1984, vol. XLIV, núm. 174, pp. 345-366) y me apoyó constantemente en la elaboración de la investigación, entusiasta de dotar al V Centenario de una base sólida y científica. Su nombramiento como Director del Instituto «Fernández de Oviedo» y posteriormente del Centro de Estudios Históricos ha posibilitado la renovación de los estudios de Hispanoamérica en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Los numerosos becarios acogidos a sus programas y la apertura de las tribunas a la crítica constructiva y a las nuevas metodologías han convertido a nuestro Departamento en esperanzados equipos de trabajo, esperando cumplir próximamente los objetivos marcados.

La falta de estudios sobre las relaciones culturales entre España y América en el siglo XIX (espacio parcialmente llenado por el libro póstumo de Carlos M. Rama) y la ausencia de una metodología sobre el análisis de las fiestas centenarias me desorientó en numerosas ocasiones. El apoyo constante de un grupo de amigos me ayudó, sin embargo, a superar problemas intelectuales y otros más coyunturales, a todos ellos quiero expresar mi gratitud: Alfredo Moreno, Pedro Pérez Herrero, Fermín del Pino, Bibiano Torres, Eulalia Gálvez, Lola Juliá, Esperanza Mazorra, Dolores Higuera y Manuel González.

El manuscrito me acompañó en mi reciente estancia en América. Por ello, quiero agradecer el apoyo del «Seminario de Historia del Norte», que dirige Ignacio del Río, en la UNAM (México); del «Centro de Estudios Históricos UNAM-UABC» (Tijuana, Baja California), cuyo director, David Piñera, y el resto de colaboradores me prestaron decidido apoyo en mis investigaciones; y de Juan Ramos, Jorge Amao y Raúl Antonio, entusiastas misioneros de la cultura y del saber histórico en La Paz (Baja California Sur). En la edición del libro ha colaborado también la Comisión Nacional del V Centenario del Descubrimiento de América, quiero por ello expresar mi agradecimiento y el deseo de que el contenido del libro sirva a todos los que hoy trabajan por conseguir un V Centenario lleno de proyectos. Hoy, como ayer, en el Centenario hay un esfuerzo por comprender la Historia, el pasado, para entregarse voluntariamente en el presente de forma completa.

Madrid, marzo de 1987